

# Para que no le pase a otra

Relatos de mujeres que han sufrido violencia gineco-obstétrica  
en el Hospital Regional de Arica



**Para que no le pase a otra**



**Madre  
nativa**

ONG-ARICA

# Para que no le pase a otra

Relato de mujeres que han sufrido Violencia Gineco-Obstétrica  
en el Hospital Regional de Arica



**Madre  
nativa**

ONG-ARICA



**PARA QUE NO LE PASE A OTRA**  
**Relato de mujeres que han sufrido Violencia Gineco-Obstétrica en el**  
**Hospital Regional de Arica**

Primera Edición

Julio 2022

©ONG Madre Nativa

Testimonios: ©Evelyn Lavalle, Gladys Guillen, Nilda Campillay, Camila Galdámez, Eva López, Gladys Alave, Karen Jorquera.

Investigación y Edición: ©Yasna Cuadros Sosa, Ana Karina Sepúlveda Acevedo, Francisca E. Duarte, Catalina Silva Gatica.

Apoyo edición y diagramación: ©Astartea Editorial

Ilustraciones y Diseño de Portada: ©Angélica Tapia Lagos

Contacto: [madrenativa.aricaxv@gmail.com](mailto:madrenativa.aricaxv@gmail.com)

Web: [www.madrenativa.org](http://www.madrenativa.org)

Instagram: [@madrenativa](https://www.instagram.com/madrenativa)

ISBN: 978-956-09815-0-9

Proyecto Matrocinado por Fondo Alquimia 2021: «Activismos urdiendo la trama del buen vivir».



# **Es un monstruo grande y pisa fuerte**

La Violencia Gineco-Obstétrica es una violencia sistémica, de género y ejercida por el personal de salud sobre el cuerpo y los procesos sexuales reproductivos y no reproductivos de las mujeres y demás personas úteroportantes. Se expresa mediante un trato deshumanizado, abuso de la medicalización y/o la patologización de los procesos naturales.

Somos la ONG Madre Nativa, una organización autónoma y de libres pensadoras. Mujeres violentadas por un sistema patriarcal, desplazadas a vivir como ciudadanas invisibles o de segunda categoría, que buscamos de manera incansable visibilizar la violencia a la que hemos sido sometidas.

Pensamos en la maternidad, la autonomía de nuestros cuerpos y nuestra salud, como una forma de reivindicar nuestros derechos. Educamos, informamos y exigimos ser escuchadas, que

nuestras historias y sufrimientos sean atendidos.

Somos un grupo de mujeres bienaventuradas, cuya fortaleza para vivir ha surgido del encuentro con otras. Sororidad que nos ha llevado a disfrutar con alegría y gratitud de la compañía de mujeres inspiradoras. Juntas hemos visto florecer nuestras luchas con la esperanza que un día, ninguna otra mujer ni personas úteroportante, tenga que pasar por el trato injusto de un sistema contaminado por la indiferencia.

Como decía Mercedes Sosa: «...*que el dolor no me sea indiferente, que la reseca muerte no me encuentre, vacía y sola, sin haber hecho lo suficiente...*». Juntas somos más fuertes y amamos con la misma fuerza.

No es posible detener el amor que sentimos por todas aquellas mujeres y personas gestantes que viven oprimidas por la cultura machista y patriarcal, obligadas a parir y a maternar en completa soledad y desidia, sin educación, en condiciones paupérrimas, violentando a nuestras crías sin el sustento de un pecho nutrido y de una compañía que nos sostenga.

Tod@s somos víctimas de una sociedad que margina y se

ciega frente a la precariedad de nuestras vidas. Ponemos el cuerpo, la creatividad, el sosiego y cada lágrima, para parir hij@s que son vistos como meros productos de este sistema capitalista; sistema que nunca se ha preocupado de propiciar un buen nido para el nacimiento amoroso, nido que a diario nosotras debemos sostener.

Este libro «Para que no le pase a otra», es un reconocimiento a esas historias, las que son disminuidas a una estadística. Mujeres que pelearon por parir en dignidad o que lloraron por perder a sus criaturas; y que, a pesar de todo, acarreado la zozobra que significa recordar tan terribles hechos, nos abren sus corazones y memorias, para que a ninguna más le pase.

Existe una necesidad de justicia, aquella que por siglos no ha sido brindada por ningún Estado. Justicia que merece el nacimiento, tanto de un hij@ como de una madre y una familia, justicia para las miles de familias que han perdido a sus bebés a causa de malas prácticas, de poca escucha o aún justificadas, sin apoyo ni atención oportuna.

«Para que no le pase a otra» es una forma de visibilizar las violencias que ocurren en el parto: de género, racismo, misoginia y xenofobia; violencia que surge del profundo temor a lo desconocido, irrumpiendo nuestra vulnerabilidad.

Los relatos compilados aquí corresponden a las entrevistas de siete mujeres, realizadas durante el segundo semestre del 2019 en Arica, desierto costero en el norte de Chile, en pleno «estallido social». De esta manera, encontramos la forma de gritar la urgencia de una salud digna, de educación sexual integral, de la imperiosa necesidad de reformulación en la formación profesional y la atención en salud ginecológica y obstétrica, del reconocimiento de la violencia gineco-obstétrica, así como de la autonomía sobre nuestros cuerpos y nuestra salud, haciendo nuestra la justicia reproductiva.

Los relatos que aquí se presentan corresponden a experiencias narradas en primera persona por cada una de las entrevistadas. Entre líneas y líneas, las historias dejan al descubierto tanto la deshumanización en el diagnóstico y la entrega de malas noticias como la violencia física y, de igual

forma, la infantilización e invisibilización de sus necesidades durante el proceso.

Sin importar el tiempo que ha pasado, la violencia persiste. Le pasó a nuestras abuelas y madres, les pasó a estas siete mujeres, pasó hoy y posiblemente pasará mañana. Esto es lo que nos impulsa a hacer que estas voces sean escuchadas, entendidas y atendidas: **para que nunca más le pase a otra.**

*Honramos a cada mujer y a cada persona que ha nacido con útero, ovarios, vagina y vulva.*

*Honramos cada uno de nuestros ciclos.*

*Honramos cada una de las historias aquí contenidas.*

# **Relato 1**

**Nilda Campillay**

**Chilena, diaguista, 57 años, Arica.**



Me atendió el doctor M.C., recuerdo su rostro y el tono de voz:

—Tú tienes una infección urinaria —me dijo.

—No doctor, tengo dolores de parto así que voy a tener la guagua.

—¿Tú has tenido guagua antes?... No, entonces, ¿cómo sabes qué es eso? Yo veo todos los días mujeres y lo que tú tienes es una infección urinaria, vas a aislamiento para *que te hagan exámenes mañana* —y me dejó toda la noche con dolores en la camilla.

Al otro día en la mañana llegó el doctor M.M. Apenas ingresó a la habitación le dije:

—Doctor, me duele mucho, creo que voy a tener la guagua.



—No, pero te vamos a mandar a mandar a hacer los exámenes de sangre, de orina, de todo —él estaba siguiendo la ficha que había dejado el otro tipo.

Ahí me tuvieron: me hicieron los exámenes, me llevaron y me trajeron; y después vino una matrona que fue bien cariñosa conmigo, ella me escuchó y me dijo:

*—¡Pero hija! ¿Cómo?, acuéstate de ladito... pero ¿por qué no te han sacado la guagua?*

Las horas avanzaron, algo pasaba y como que nadie pescaba. La matrona insistía e insistía llamando por teléfono. Yo escuchaba una voz al otro lado que le respondía: «*no, todavía está en pabellón*», en un momento me dijo: «*yo no me voy a ir hasta que te vea el doctor*». No entiendo por qué no les hacen caso a las matronas, es como si los doctores fueran dioses y las matronas son las que están ahí con una, y ya saben por dónde va la cosa.

Cerca de las siete de la tarde vino el doctor C.C. y dijo que

me llevarían a hacer tacto.

—Ya —dijo la señora— ahora te van a ver. Se pone el guante, mete el dedo y grita— ¡enfermera, enfermera, a pabellón!—. Tenía meconio, cuando el bebé se hace caquita. Grito así—, ¡¿pero cómo?! ¿De qué hora estás aquí?

—Estoy de anoche, de las nueve de la noche —le respondí.

—¡¿Pero, cómo es posible?!

Me bajaron a pabellón, me pusieron unas cuestiones para medirme la presión, y yo ya tenía el corazón muy acelerado por la presión de la guagua. Fue ahí cuando el doctor C.C. me dijo: «*Yo te voy a operar, pero la única manera en qué pueda hacerlo es que tú me autorices y me liberes de cualquier responsabilidad*».

Luego de la operación el médico me dijo:

—Tu guagüita nació con una asfixia severa, porque la

sacamos muy tarde.

—Le dije al doctor que estaba de parto.

—Pero tú eres la que tiene la guagua en la guata.

Fui a la NEO, porque la guagua estaba allá, me bajaron en silla de ruedas para que la fuera a ver. Estaba hermosísima, era una cosa bien rara, porque era muy linda y todos decían «la guagua bonita» y pensé, esto es como extraño y cuando la veo, ¡sí!, era realmente hermosa, era muy linda y estaba ahí, chiquitita y todo. Después bajé y como yo me sentía mal, me dejaron sola y recuerdo muy bien que esa noche subió el doctor C.C. nuevamente a hablar conmigo y me volvió a preguntar las mismas cosas y el doctor me dijo «¿sabes qué?, tu guagua está muy mal, las probabilidades que sobreviva son muy pocas» y ¿sabes tú?, que ahí yo me quedé.

En la noche sentí que me llamaban, me paro y estaban todos durmiendo. Voy a la sala donde ellos tenían una oficina donde estaban los doctores y las enfermeras jefas, yo llego allá y estaba el doctor M.C. y la enfermera, una gordita y de edad. Ella

me había sacado la ficha del pie de la cama, porque yo la vi cuando ella la sacó y me dijo «no, duerme no más». Me paré, porque pensé que alguien me llamaba y estaba el doctor M.C. leyendo mi ficha y me dijo «¿qué hace acá?, vaya acostarse, tiene que descansar», y después yo pensé «no, esto está mal, hay algo acá extraño, no puede ser que él venga a esta hora a leer mi ficha», y después como a las tres de la mañana, se sentía que iban de acá para allá y **como a las cuatro, cinco, sentí que mi guagua iba a morir, no me preguntes cómo, pero yo sabía,** me senté en la cama y llegó la enfermera a buscarme.

—Tiene que bajar a NEO —dijo ella.

—¿Falleció mi guagüita?

—Sí —respondió.

Al otro día vino a verme el doctor A.C., pasó ronda él, y encuentra mi ficha. Al doctor A.C. todos le tienen miedo, es como el terror de todo el hospital. Es muy educado él, toma mi ficha y grita «¡enfermera!», así, pero gritó a todo chanco, «¡enfermera!». Las viejas llegaron a correr, y ahí el doctor:

—¿Qué pasó? —tomó mi ficha y la puso en una mesita—, ¿cómo es posible que una ficha médica esté corregida con tìpex?, esto no puede ser, esto es un documento público, ¿quién lo corrigió? —y se fueron corriendo a ver. El doctor C.C cuando me fue a ver, me dijo que hay muchas cosas en la ficha que están corregidas con tìpex y que eso no debería ser.

Según ellos, habían hecho un sumario interno con los doctores de la época y que se estaba resolviendo, que tenía que esperar, y después me terminó diciendo que si el doctor M.C. asumía alguna responsabilidad en los hechos, lo que iba a suceder era que no le iban a subir el sueldo por seis meses, por un año, una cosa así. Como que esa es la sanción, que queda su sueldo estancado por un tiempo. ¡Nadie hizo nada, imagínate! Y como te digo, todo quedó ahí, en eso, y que se iba a investigar. Yo le pregunté a mi hermano «¿qué vamos a hacer?», ¿qué sacamos con tratar de encontrar responsables si no

tiene solución?, y mi hermano decía «no, es que no puede ser». **Después le puede pasar a otra persona** y todo queda siempre dando vuelta ahí mismo. Ellos se protegen.

Al doctor M.C. se le puso que yo tenía una infección urinaria y que por eso me dolía esto, acá, que por eso me dolía la colita, porque era una infección urinaria, que él no encontraba que fueran dolores de parto. Entonces, claro, yo no gritaba como las otras señoras, pero **ellos tienen que entender que todos tenemos diferentes escalas del dolor, unas son más tolerantes y otras no. Entonces esa cuestión de que si tu gritas no te atienden y si no gritas tampoco te atienden ¿Cómo se explica?**

Los doctores se ponen en una actitud de dioses y a una la tratan como menos que usuario, es como yo hago esto y esta es mi decisión y se somete. Es de sometimiento lo veo yo, así se siente una, porque en esos momentos una está muy desvalida, emocionalmente estás frágil y **después de perder la**

guagua estás muy quebrada, entonces tú no tienes capacidad de reaccionar, y cuando estás por parir igual eres frágil. Llegas a una parte donde nadie te conoce y estás ahí y necesitas una contención, porque tú no sabes que va a pasar contigo y con tu guagua y es un espacio en el que uno necesita ser apoyada y no que te traten mal o que te ignoren, no sé, para mí no corresponde y ahora yo lo entiendo. En su momento yo estaba tan mal que como te digo, no fui capaz de nada, porque yo en mi estado natural puedo pelear por algo, pero en ese momento estaba tan débil que no podía, no tienes fuerza, no tienes nada.

A mí me cambió mucho la vida, pienso que estuve en estado depresivo porque me acuerdo que no salía para nada, porque es muy traumático que todo el mundo te vea con la guata y después llegar a la casa sin guagua. Tienes que darle explicaciones a todo el mundo,

hasta los niños chicos. Cuando me trajeron a mi sobrina, la Maca estaba chiquitita, «tía y la guagua, ¿dónde está?». Había esperado tanto, y llegar a la casa y tener la cuna armada. Tener que regalar las cosas, ahí tú te vas como para adentro. En ese tiempo arrendaba una casa en la esquina y me acuerdo que me quedaba toda la tarde sentada, llegaba el Marcos y no había sido capaz ni de prender la luz.

«Hija, tienes que tener una guagüita para que se te olvide», y todos piensan que se te va a olvidar y no se te olvida, si la tuviste nueve meses, ¿cómo se te va a olvidar cuando nazca otra guagua?, entonces ahí me doy cuenta que debo tener mucho daño psicológico. Creo que para todas las mujeres es muy traumático perder una guagua, uno lo asume después y lo lleva, pero cuando se acuerda siempre es doloroso por la expectativa que uno tiene, la ilusión que uno tiene cuando va a nacer tu primer hijo, de comprar las cositas. Después llegas sin guagua y al vecino, vecina, tienes que contarles que murió la guagua, a tus amigos, a todos los que te vieron con guata, porque la gente



naturalmente se acerca a preguntar, por ejemplo en la feria: «¿y dónde está la guagua casera?», ¿no sabes qué murió?, ¡pucha que pena!, pero eso es al principio y después a todos se les olvida, pero a ti no se te olvida, y después ya nadie pregunta y te vas quedando sola en tu dolor. Todos siguen sus vidas felices, por eso te digo, es una cuestión fome. A veces cuando veo niñas en el hospital que han perdido guagua digo, oh, a mí también me pasó lo mismo y entiendo lo que se puede sufrir, porque la gente incluso dice, «ah, pero no importa, total se te murió cuando estaba chiquitita», pero no es eso, es tu vida, es parte tuyo.

La de la NEO, ¿Sabes lo que me dijo?, Me mostró unas fotos de unas guagüitas que estaban en silla de rueda, con lentes muy gruesos, estás guaguas así como tetrapléjicos, ¿cómo se puede decir?, con problemas de motricidad, que no mueven la cabecita y se les cae todo, y me dijo «este niñito de acá tiene cinco años y nació igual que tu guagüita, pero la pudimos salvar», como para decirme *de la que te salvaste*, ¿cachay?

Como ella era católica, parte de la iglesia, me dijo «Dios sabe por qué hace las cosas, tienes que tener conformidad», poco menos como que no estaba preparada para tener guagua, no sé, yo lo entendí así en ese momento y pensé: ah ya, ya no quiero hablar más, porque sentía que entre más me hablaba menos entendía.

No sé cómo explicarlo bien, pero esa sensación de que quedas tan huérfana. Mira, yo tengo una amiga que es monja, y ella me vino a ver y me dijo:

—¿Por qué no me hablas de tu dolor?

—Porque soy mala para hablar de eso.

—Para eso son las amigas y compartimos las alegrías y también compartimos las penas —y yo ahí recién pude sacar las cosas que tenía, porque a una tampoco le gusta andar dando lástima y que te digan pobrecita.

Nació la Paula y no quería que mi hija fuera un premio de consuelo, que todos dijeran, ah es que la Paula va a

llegar a reemplazar a la otra, porque ella no se lo merece, porque es otra persona.

Yo en ese momento pensaba, y qué saco con demandarlos para que a ellos no le suban el sueldo, le den una amonestación escrita, si al final a mi guagua no la recuperaré. Pero a veces pienso, que denunciar a tiempo estas situaciones, podrían ayudar a que a otra persona no le pase lo mismo.

## **Relato 2**

**Gladys Guillen**

**Chilena, 37 años, Arica.**



A mí me pareció que lo que me pasó no fue lo correcto, porque como tengo dos hijos anteriores; la forma que me habían tirado al suelo, que mi ginecóloga me abandonara y se fuera a atender a otra persona que había llegado, ella no era mi ginecóloga de cabecera. Por lo tanto, me parecieron situaciones súper extrañas, y dije «*ya, aquí algo pasó, acá me violentaron*». Más encima yo no tenía idea que me hicieron la episiotomía y ni siquiera me avisaron, me lo dijeron cuando me estaban cosiendo.

El tema mío era que yo le gritaba, le decía que no podía, que por favor me ayudaran, porque tuve un

trabajo de parto de diez horas, se me reventó la bolsa a las cinco de la mañana y la guagua nació a las cuatro treinta y seis de la tarde con una asfixia. Por lo tanto, yo dije *«aquí la guagua se asfixio adentro esperando a que la sacaran»*.

Le avisé a la matrona a las ocho de la mañana y llegó a atenderme a la una y media, porque atiende a su gente primero. Ella sabía que yo estaba con mi bolsa rota y aun así, me hizo esperar. Cuando estábamos en el pabellón, recién me dice que no me atenderá C.C. Lo encontré una falta de respeto, por último, que me avise antes, si yo le había hablado a las ocho de la mañana.

Me tiraron al suelo, porque yo no podía pujar, como me pusieron la epidural, se me adormeció todo y no podía pujar, no sentía nada. Cuando me pusieron la epidural yo me empecé a sentir mal, empecé a vomitar y me caía, estaba como inconsciente, sin embargo, ni siquiera así reaccionó ella y yo le pedía que por favor me ayude, que no

aguantaba más, pero ella solo me decía «tranquila, tranquila». A todo esto, quedé con todo mi estómago morado, jamás me saqué fotos ni nada, porque quedé en estado de shock y lo único que quería era irme a mi casa, arrancar.

El protocolo de ella era que fuera parto normal, pero si yo le estaba pidiendo ayuda era porque no podía más, no sentía, que por favor me ayudara, pero nunca me hicieron cesárea. Y en una **me pusieron el monitor y no sintieron los latidos de ella, ahí me dijeron que el monitor estaba malo.**

Yo les hacía caso, ellas saben lo que están haciendo, entonces eso es lo que nunca entendí, hay cosas que no me cuadraron. Esto es violencia, por eso llegué a Madre Nativa, porque siempre tuve mi duda. Incluso después de atenderme, pasaron como dos meses y me fui a atender con C.C. y le dije *«conmigo fue una masacre»*, a mí me masacraron, eso no fue un parto, era como que estuviera en una carnicería y le conté todo, que me habían tirado al



suelo, y él callado, todo lo justificaba diciéndome que eso siempre se ha hecho, me decía que tenía que estar tranquila que si quería tener otro bebe, él me podía ayudar.

Yo me atendía en el consultorio y particular, ¿Por qué? Para tener un mejor parto, para estar bien, para que te atiendan empáticamente, pero lo que pasó conmigo... olvídате, nunca más, de hecho, yo no podía entrar al hospital, me daba pánico.

La doctora coloca ahí en la ficha que se había ido a atender una urgencia, pero ella me estaba atendiendo a mí, por eso le pregunté que «si hubiesen llegado más mujeres con urgencias ¿yo me muero, es tu ética profesional?, tú eres un médico», **era un parto, es una vida, a eso voy. Al final yo he asumido todas las consecuencias. A mi hija me la mataron, ese fue el tema. Y vienen a excusarse, no. Yo llegaré hasta lo último y si lo tengo que hacer público, lo haré, porque ellos no pueden seguir trabajando así, quizás a cuánta gente le han hecho lo mismo.**

Le cortaron el cordón y me la pasaron. Yo veía que no se movía nada y preguntaba «¿Por qué no llora?». Y me respondían «no, es que está cansada igual que la mamá». Me la quitaron y se la llevaron, pero ya estaba muerta. Y ¿cómo no va a saber la gente? Después la matrona me dice, «yo sabía que estaba muerta porque estaba blandita». ¿Y cómo me la paso entonces? Si está viendo que la guagua está así, te la llevas al tiro, no sé.

Recuerdo que les pedí ayuda, que me hicieran una cesárea y ellos me decían que no me la harían, que quedaría toda fea. ¿Por qué te dicen eso?, si estas pidiendo ayuda y no te la dan. No sentía, tenía todo el cuerpo adormecido y pedía que me ayudaran, pero ellos me decían que tenía que pujar y ahí fue cuando me tiraron al suelo, para arriba, para abajo, porque no fue una cosa que me tiraron al suelo y luego para arriba, no,

me habrán tirado unas diez veces. Si la cosa es que ellos querían que yo pujara como sea, pero yo no podía pujar.

Me enteré que Daniela estaba fallecida, porque vi que todas se movían para todos lados y me miraban con una cara. Entraban y salían, y todas hablando, por eso me di cuenta, y me decía «*acá algo raro pasa*». Después me tiraron para afuera, al pasillo, me dejaron ahí y luego de un rato me llevaron a una sala sola de parto que estaba desocupada.

Nos metieron a una sala de parto nueva que recién la estaban equipando, ahí nos metieron al pediatra, la ginecóloga, la matrona, el papá de la Daniela y mi amiga. Ahí me dijeron que la niña había fallecido, que quizás venía con una malformación y pensé en que era raro, porque todo mi embarazo fue normal y el pediatra empezó a decir que esto pasa en uno de cada diez partos. De ahí

me dijeron que me pasarían a una sala para descansar, me ofrecieron verla, pero yo estaba en shock, no quise verla, lo único que quería era irme a mi casa.

Nosotros le reclamamos a la ginecóloga que por qué nos abandonó, pero ella en su postura de doctora, miradora en menos, nunca tuvo empatía conmigo. Por eso es que pasan las cosas, porque si hubiera empatía y se preocuparan de la otra persona, no pasarían.

Ellos no ponen que yo no dormí, ellos ponen «mujer tranquila». La ficha la leí completa, entonces al final modifican la ficha a la pinta de ellos y ni siquiera ponen las cosas reales. Como no ponen «mujer no pudo dormir en tres días, así que le inyectamos clorfenamina».

La ropa me la pasaron en una bolsa de basura, así como diciendo: «ya está, se murió, para la bolsa de basura». Igual es un tema feo, por último, que te la

entreguen así nomás como la traes, pero no en una bolsa de basura y más encima a una mujer que está con un trauma, ¿qué ética?

Al final nunca supe lo qué pasó, en cómo llegas a tener una guagua y sales con las manos vacías. Lo que me explicaba el psiquiatra, es que hay diferentes tipos de duelo. Mi duelo era como para que me volviera loca. Yo trabajaba en el ESMA, y ellos me tomaron, porque ellos vieron lo que me pasó, el trauma, todo eso, y el psiquiatra hasta el día de hoy me ve, pero ellos fueron, NO fue porque el hospital me derivó para que yo tuviera un tratamiento psiquiátrico, nada. Con suerte me mandaron una psicóloga que me dio su número de teléfono para llamarla y pedir una hora.

Yo acá no puedo verme con ningún ginecólogo, les tengo pánico. Con la única que me he visto es con una del consultorio, una matrona que trabaja en el Punta Norte. Imagínate ella trabaja en un consultorio y me llama un día, no sabía que mi guagua había fallecido, ahí le conté y de ahí ella me atendió. Cuando tuve

que hacerme el PAP fue un calvario para mí, imagínate pasar todo eso, y que te pongan ahí, es un trauma.

La matrona me dijo, «esto es producto del parto, te hicieron pujar mucho y tantas horas, te dio principio de prolapso». Ahora me orino a veces. Lo que sí, me dijo que tratara de no hacer fuerza. Que te digan estas cosas es un trauma para una.

Ellas siguen ganando millones y yo gano doscientos mil pesos, no puedo rehacer mi vida, tengo que ir todos los meses a retirar remedios por mi tema emocional, no es justo, no es justo para mí.

## **Relato 3**

**Camila Galdámez**

**Chilena, 20 años, Arica.**





Me dejaron hospitalizada, no porque tenía 41 semanas, sino porque fui dos veces a la posta el mismo día por un dolor de cola que era horrible. La enfermera me empezó a decir que me iban a subir pero que no estuviera gritando, que me quedara callada, porque a las gritonas las trataban mal arriba, yo ya sabía que eran así, por eso me quedé callada todo el viernes, porque si decía algo, cómo me iban a tratar.

El día anterior yo estaba con dolores y supuestamente no me podían medicar, ni nada, pero vino la enfermera y me puso una inyección para el dolor. Yo creo que fue eso lo que terminó de matar a mi guagua, porque en la noche se movía mucho, yo les

avisaba, pero me decían que no podían hacer nada, porque no estaba con contracciones. Al día siguiente solo sentí a mi guagua en la mañana y después no la sentí más... Nunca supe que me inyectó ni tampoco aparece en la ficha médica.

Nunca me dijeron de qué había muerto mi guagua, según ellas fue porque tuvo sufrimiento fetal y nació morada, pero solo eso. Yo tampoco quise hacer la autopsia, estuve un día hospitalizada, y al darme el alta no me querían dejar ir si no firmaba los papeles de la autopsia de mi guagua. Yo no quería firmarlo todavía, quería pensar, estar segura, pero no me querían dejar ir. O firmaba ese papel o no me daban el alta.

Estaba sola cuando me dijeron que mi guagua no tenía latidos. Ellos lo único que atinaron fue a tirarme a la cama y las que estaban ahí me tapaban la cara con

una sábana para que gritara, pero que no se escuchara.

En ese momento se me acercó la psicóloga y la asistente social para decirme que tenía que estar tranquila, que no tenía que hablar, que me tenía que quedar callada, no con estas mismas palabras, pero así lo entendí. Me decían que no tenía que hablar este tema porque me podía hacer mal, ya que estaba muy joven y podía tener más guaguas.

Yo preguntaba qué iba a pasar conmigo, pero nadie me pescaba. Cuando se dieron cuenta que no habían latidos me llevaron a la sala de una enfermera, pero ni siquiera sabían usar lo de la ecografía, estaban como experimentando conmigo, porque no había ginecólogo tampoco. Tuvieron que llamar a uno que estaba en un parto que se demoró no sé cuántos minutos, y mientras él llegaba, estaba con muchas enfermeras tratando de ver si podían usarlo o no. Cuando me dio la noticia, me dice «*sabes qué, tu guagua no tiene latidos*» y se

fue, me dejaron con las enfermeras y ellas me llevaron a la pieza y me taparon con la sábana.

Ellas no fueron capaces de llamar a mis familiares, me pidieron a mí que los llamara, así que tuve que hacerlo. Llegó mi familia y ahí se desligaron todas, se escondieron y el doctor J.C. nunca más apareció.

El ginecólogo que me dio la noticia era moreno con lentes, no recuerdo quién era, no recuerdo el nombre, pero él me decía *«controla a tu familia, tu familia está desunida»*, yo lo quedaba mirando solamente y cuando mi familia fue a pedir una explicación del por qué había muerto la guagua, él les dice con estas palabras: *«no sé, estas cosas pasan, o busque en Google»*.

Quedé con depresión por la muerte de mi hija, más que todo fue por el trato. Yo quedé mal con las palabras, con lo que me pasó, eso a mí me dejó traumada y me dejó en estado de shock, yo creo que me cagaron la vida a los 19 años. Tuve que mamarme

todo, que todos me estuvieran mirando, y tampoco podía llorar ni gritar, porque me decían que podía asustar a las demás embarazadas, o sea, prácticamente me tuve que aguantar todo.

Pedí una cesárea, porque mi guagua estaba asfixiada adentro, y ellos no me daban una explicación del porqué no podían hacerme una, no querían. Para ellos era más fácil meterme unas pastillas, esperar el tiempo de la dilatación, tener la guagua ya muerta. Mi parto fue horrible... ¡horrible!

En un momento le dije a la matrona «*sabe que no aguanto más, por favor*», me rompió la bolsa y de ahí me meten a preparto. No podía pujar, me decían «*puja, puja*», pero no podía, me habían anestesiado el cuerpo. Se me subió una persona arriba de mi guata. Se me sube y a mí se me estaba bajando el pulso, porque me estaba asfixiando, después trató

una matrona que estaba ahí y no podía. Habrán estado como dos horas intentando sacarme la guagua así.

Tampoco me dejaron tener a mi pareja al lado, y al momento de sacarme la guagua, la enfermera me dice «*¿la va a ver o no?*», o si no se la iban a llevar al tiro. Yo la quedé mirando y le dije «*¿en serio? obviamente que la quiero ver*». Ahí me la pasaron mientras me cosían, la pude ver un rato.

A mí me dejaron marcada para toda mi vida. Era una guagua súper deseada, mi embarazo fue completamente sano, nunca tuve problemas, entonces, fue porque a ella no se le dio la gana de sacarme la guagua antes. Yo digo, si hubiera pagado particular quizás mi hija hubiera estado acá, pero no. Uno nunca espera que le pasen estas cosas.

Después de eso, me llamaron para ir a buscar el ajuar.

¿Cómo en el hospital no van a informar que nació así mí guagua? Después me tocó en el consultorio y lo primero que me dijeron fue «*tiene que venir con su guagua a control*» o sea, ¿por qué tengo que estar explicándole a todo el mundo que mi hija había fallecido?

La ficha estaba incompleta y ¿qué podía hacer?, no podía hacer nada más. En mi ficha salía todo bien, que ellos habían hecho esto y esto otro y todo bien. Pero no fue así, y yo ¿qué respaldo tengo?, o sea, ellos ganaron, porque yo no tengo nada para defenderme, mi palabra no más, pero contra la de ellos. Entonces nunca sabré por qué murió mi hija, ¿por qué no me hicieron una cesárea?, ¿por qué me trataron así? nunca sabré nada.

Después del parto pasé toda la noche y al otro día me quería ir, pero me lo negaron, después al otro día me querían dejar

ahí de nuevo, pero yo me quería ir. Tuve que firmar un consentimiento por si me pasaba algo, aparte tenía que firmar si le iba a hacer la autopsia a mi hija, o sino no me podía ir. Tampoco aparecía mi carnet de embarazada, estaba perdido y a las dos horas apareció. Pero yo encontré todo muy truculento, todos se querían tapar entre todos y al ginecólogo. A él no lo vi más.

Cuando me voy de alta, como no sabía lo qué me había pasado, ellos me pusieron un diagnóstico lo más cercano, me pusieron «insuficiencia placentaria». El ginecólogo dijo que no sabía qué más poner, porque no se le había hecho autopsia a la guagua. Yo no quería hacérsela, o sea, yo sabía lo que era hacerle una autopsia, más sufrimiento, no. Después cuando tuve la mediación fue lo primero que me sacó en cara la abogada, más que todo, que yo tenía la culpa.

La psicóloga me preguntó si iba a tomar acciones, pero le dije que no, no quería hablar con ella tampoco, quería que se



fuera. Y ella estuvo todo el rato ahí hablando con las enfermeras, mientras yo me iba.

Al principio la pasé mal porque estaba con crisis de angustia, estaba en la casa y no podía dormir porque sentía que me estaban ahogando, tenía que salir a las tantas de la madrugada a caminar a la calle para que se me pasara. Mi pareja fue la única persona que estuvo ahí, yo no podía salir ni siquiera a comprar porque pensaba que me iba a morir. Sentía un dolor y me iba al tiro a urgencia porque pensaba que me iba a morir, así estaba.

El día del funeral de mi hija sentía que no estaba ahí, no sé si fue porque no lo asimile, pero siempre supe que estaba medicada, no sentía ni una emoción, no podía llorar, me pesaba todo el cuerpo.

Nunca tuve pensamientos de matarme, pero si me costaba asimilar el vivir sin mi hija, ¿cómo iba a ser mi vida sin mi hija?, porque uno se planifica con una guagua, y ahí me tocó el proceso de su ropa, las cosas que uno le tiene a la guagua, con lo único que me quedé fue con su ropa, siento que es lo que tengo de ella.

**Mi hija no murió porque tenía que morir, a mi**

hija la mataron en el hospital. Ojalá no existiera más violencia, antes del parto o en el parto, que tuvieran más ética, siento que no trabajan por gusto, solo por plata. Yo he visto como atienden en particular y te atienden distinto, deseo que la mamá tenga más derecho de palabra, o sea, si yo quiero una cesárea, que sea así, no la decisión de ellos.

## **Relato 4**

**Eva López**

**Chilena, 21 años, Arica.**



Fui a urgencias, porque me sentía mal. Me atendió una matrona, me tomaron los signos vitales y según ella mi ritmo cardíaco estaba normal, pero no estaba normal porque lo tenía en ciento veinte. Yo seguía diciendo que no me sentía bien, me dejaron con tratamiento, era clorfenamina inyectable y lo rechacé porque no me gusta inyectarme y prefería tomar algo que fuera de mi comodidad, tomar alguna pastilla, relajarme y descansar, entonces la matrona hace el comentario que tenía que firmar y dice: «es Isapre, se atiende por PRAIS, menos platita para el hospital».

El médico no me quería revisar y cuando insistí dijo: «súbete a la camilla y desvístete de la cintura hacia abajo», ok, me

saqué la bata, me senté y claramente me hizo un tacto, que de verdad fue demasiado bruto y me dejó toda sucia, porque estaba con sangrado, pero cero empatía la verdad, dijo: *«no, esto es un periodo abundante, esto siempre pasa, es normal, no hay coágulos»*, y yo pensé «esto no es normal».

En ese momento no tenía coágulos, pero sentía el dolor. Entré al baño y traté de limpiarme, no había confort, entonces más triste me sentí porque quedé toda sucia, no tenía nada para poder limpiarme y me dejó un inyectable, no recuerdo qué era, pero era algo para calmar el dolor, lo acepté porque el dolor era demasiado y no me quedaba otra.

El tema de cuando me realizó el tacto, fue donde más vulnerada me sentí, porque claramente fue con una intención súper choreada, de mala gana y yo ya tuve un hijo, o sea, mi ginecólogo y mi matrona me hicieron tacto a la hora de estar a punto de parir, después cuando ya había tenido a mi hijo

comprobaron cómo estaba mi cuello uterino. Entonces, yo ya pasé por eso, se nota cuando es por un poco más de plata y cuando no, la brutalidad con la cual lo hizo, o sea, no es por ser exagerada, pero es que de verdad fue como que por poco mete su mano dentro de mí y eso no es normal, fue claramente con una intención para que te calles, una onda así, como, ¡ay, que cuática!, eso fue lo que me hizo sentir más vulnerada dentro de todo.

La urgencia donde pasó todo esto fue en la noche y al no recibir respuesta yo salí llorando, totalmente deshecha, mi pareja no estaba, porque no te dejan entrar con tu pareja.

Fui a la clínica. Era un aborto incompleto, yo ya tenía demasiados días sangrando y se supone que el proceso de aborto dura, no sé, se supone que en dos semanas ya tienes que haber expulsado todo prácticamente. Ya llevaba como tres semanas y media aproximadamente, y las cosas no estaban bien. Entonces el

médico me realizó la ecografía, me dijo que era un aborto incompleto, a lo que si pasaban unos días más, tenía que sí o sí someterme a un legrado uterino porque eso después se cristaliza y me va a producir muchos problemas a futuro.

Mira, yo hice el reclamo en el hospital y recibí una respuesta que era totalmente burda, pobre, citando al doctor, y el doctor no recuerda haber tenido ese trato tan penca conmigo, él solamente recuerda que me examinó y me explicó qué tenía que hacer y me dejó una solución ambulatoria. Tú te quedas con la respuesta y es como... tuviste una mala atención, tuviste una respuesta, disculpa la palabra, pero tienes una respuesta de mierda, qué más se puede hacer si es obvio que si llegas a mayores no te van a pescar, te quedas de brazos cruzados al final, porque ya sabes que pasaste por un momento sumamente incómodo y penca, una experiencia súper mala, ya no quieres más, lo único que quieres es estar tranquila, relajarte y salir adelante.



Después, cuando me volví a embarazar yo estaba en la semana cuarenta, justo cumplía las treinta y nueve o cuarenta, no recuerdo bien, pero ya estaba al límite y llamé a la matrona, porque estaba en trabajo de parto desde las siete de la mañana, no me sentía bien, le expliqué lo que estaba pasando, que ya iba a nacer mi hijo, era un día jueves, y dijo literal: *«tómate un ketoprofeno y esperamos hasta el día lunes, porque el pensionado está lleno»* y yo quede —*¿pero cómo me dices eso?*—. *«Si, a ver, te voy a llamar un poco más tarde para ver lo qué pasa y cómo te sientes»*, y yo durante toda la mañana mal, adolorida, estaba en trabajo de parto. Insistí mucho hasta que me dijo que ella había estado en turno de veinticuatro horas y que estaba demasiado cansada como para atenderme, a lo que yo exigí que me derivara con otra persona porque no podía esperar.

Fui a la clínica porque ya no aguantaba más, me hizo un tacto y me dijo *«tu hijo no puede esperar*

*más»*, tuve una cesárea de urgencia, te juro, fue en un abrir y cerrar de ojos cuando ya tenía a una persona aquí colocándome una vía, otra persona preguntándome mis datos y entre medio la matrona diciéndome *«tu hijo no puede esperar, esto tiene que ser cesárea de urgencia, ahora ya»*. Entonces ahí uno se puede dar cuenta que tan común es pasar por estas situaciones, que te digan que te tomes un ketoprofeno como a quien le duele la cabeza, pero no, es algo delicado, porque es de vida o muerte.

    Mi mayor propósito con esto es que no se vuelva a repetir, porque de verdad es una experiencia muy penca de vivir y sería penca que con tantos reclamos sigan pasando, es que no puede seguir así, no puede ser que por ser FONASA o por tener PRAIS, porque yo sé que mucha gente tiene PRAIS, o sea, son contados con la mano o es una cifra menor, pero no puede ser que tu llegues a un centro asistencial público y que prácticamente te denigren por tener Isapre y decir, no, tú no puedes estar acá y más encima recibir un maltrato, entonces para

qué estudiar tantos años si vas atender como las huifas, no vas a prestar un servicio como debes, como corresponde. Yo me tuve que endeudar seis meses pagando, no te queda otra.

A mí no me interesa la plata, para nada, o sea, prefiero mil veces que se preocupen de capacitar como se debe a su equipo profesional para que esto **no pase**, porque si tienen todas las herramientas tales como los aparatos para tomar ecografías, para poder tomar un examen de laboratorio, que tienen acceso ahí mismo, encuentro importante que esto pare.

## **Relato 5**

**Gladys Alave**

**Aymara, chilena, 31 años, Arica.**



La matrona que te hace el tacto me hizo doler, yo le decía:

—No lo haga tan fuerte, por favor —porque me hizo doler mucho, de hecho, sacó la mano con sangre.

—*iAh! si a ti te gustó embarazarte, tení que aguantar* —con esas palabras.

—Yo estoy en el parto Aymara porque no quiero tanta violencia.

—A estas indias no les gusta que las toquen ni les vean nada.

Yo no me imaginaba cómo iba ser abrir las piernas frente a una persona que no conocía y que

me iba a estar observando en todo momento, entonces era algo que a mí me producía mucho nervio, y más encima iba a tener que estar ahí teniendo a mi bebe y que todas las personas estuvieran mirándome, eso era algo que no podía concebir.

A mí me hubiese gustado que fuera en la casa, pero no se permite por un tema de salud. Igual debo decir que el año que estuve embarazada de mi primer hijo, la experiencia fue un poco mejor, porque tenían una sala que parecía una habitación de una casa; la segunda vez no, fue como una sala de aislamiento, eran cuatro paredes, solo para aislarse, como cuando las personas están infectadas.

Me gustaría decirles a las mamás: «métanse al programa de parto aymara», porque a pesar de todo, de pelear, pelear y pelear, para mí, fue mucho más humano que para las niñas que estaban al frente, porque estaba mi pareja y aunque ellos no querían que

entrara, yo peleé para que estuviera mientras la partera me hacía masajes cada vez que tenía contracciones; aliviar las contracciones era importante en ese momento. Por esa razón les diría que accedan al parto aymara, pero ¿por qué les diría que no?, porque como te digo es una sala de aislamiento y tiene muchas ventilaciones, las otras salas tienen calefacción, pero esa sala tiene corriente de aire; cuando mi hija llegó al mundo se enfrió, la tuvieron que sacar y llevársela antes, porque estaba muy fría y tuvieron que bañarla en vaselina y calentarla.

Ellas me veían como que estaba exagerando:

—Está exagerando, tienes tres de dilatación, no puede ser —entonces me miraban así—, ¡uf! ¿tanto dolor?, ella quiere parto aymara y no puede aguantar—. Entonces ahí yo me di vuelta.

—¿Usted me está juzgando? —le dije.

—No —dijo, y ahí me comenzó a tratar un poquito mejor, porque de verdad que yo me estaba aguantando, porque si seguían así, iba a contestar mal.

La partera no podía hacer mucho, lo más que me hacían era masajes, pero porque la sala no tenía nada, entonces



les pedí lo que necesitaba y lo que me contestaron fue: *«la partera tiene que ver esas cosas, es que nosotros no podemos fijarnos en si se calentó o no el quatero o si falta agüita caliente, porque la partera tiene que verlo»*. Y la partera ¿cómo lo va a ver si me está atendiendo a mí y en las salas no hay nada?, entonces no tenían la disposición.

¡Yo sabía!, mi cuerpo decía que ya lo iba a tener, pero ellas se negaban y me decían: *«no, no tienes ni 4»*, *«no, es muy pronto, ino sé qué quieres que te veamos!»* y yo seguía llamándolas y ya las tenía cansadas por llamarlas tanto.

—¡Ya la voy a tener!, me tienen que revisar.

—No, no te vamos a revisar, no la vas a tener ahora.

—Es que me duele mucho, yo sé que la voy a tener.

—Pero no te podemos poner nada, porque tú dijiste que no te pusiéramos nada.

—Si me van a tener sin atención y no tienen los

implementos para tenerlo como corresponde, por lo menos pónganme la epidural —porque en ese momento sentía que me desmayaba y no me quería desmayar.

—Mira, si quieres el balón, si quieres que nosotras te atendamos, si quieres que nosotras te pongamos anestesia, renuncia al parto aymara.

—Pero si yo renuncio, ¿me puedo quedar en esta sala y con mi pareja?

—No, tienes que irte de esta sala, salir y tu pareja se tiene que ir.

—Pero es que yo necesito que él esté.

—No —y le decían a mi pareja— dígame que renuncie —y mi pareja me veía tanto sufrir, que ya estaba cansada, desgastada.

Me imagino que pasé de cuatro a diez de dilatación en un segundo, no lo voy a saber porque no tuve la atención necesaria para que me dijeran eso, pero mi cuerpo sabía, yo sabía que la iba a tener, pero caso omiso todo el tiempo, no me escucharon en ningún momento hasta que la tuve.

Cada vez que me iban a ver, yo les preguntaba «*¿me van a hacer la prueba de VIH?*», ya no querían ni controlarme. Entonces después cuando la tuve, yo le quería dar pecho, me dijeron «*no mamita, no puede, porque usted no tiene la segunda prueba de VIH y por protocolo no podemos dejarla*» y yo estaba enojada, ¡se los dije todo el rato!, y cuando no miraban, de repente, yo me la puse un ratito y me vieron, me la sacaron y me dijeron «*no mamita, no se puede, le dije que no dé pecho, haga caso por favor*».

A mí me marcó fuerte, porque podría haber elegido un parto donde sí me trataran bien y todo, en un parto pagado, pensionado o particular, pero lo que quería era un parto de mi etnia, quería tener un parto de acuerdo con lo que yo conozco y mi cultura, eso no lo voy a encontrar en ninguna parte, solo en el hospital,

entonces es la única opción y yo quería un parto aymara, porque sé que las parteras saben.

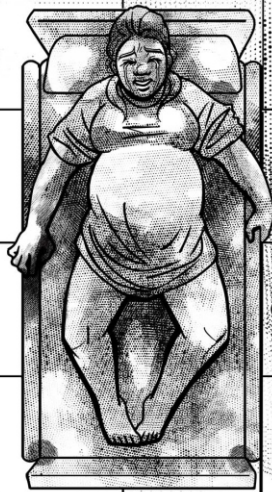
Ninguna mujer debería sentir que traer a su hijo es un sufrimiento, es tan lindo el embarazo, que ninguna debería decir «¡ya no quiero más hijos!, por el tema de no querer vivir de nuevo esto en el hospital. Lo mío fue diferente, pero el hecho de que no quieras tener más hijos para no pasar por violencia en el hospital, eso para mí es violencia. Es por eso que se necesitan protocolos, yo creo que es súper importante el tema de dar a luz.

La atención psicológica no da abasto, la atención psicológica para reparar, porque estamos pensando en reparar lo que vivimos, y si no se logra reparar, esa mamá no va a estar preparada para ese niño, no va a tener las herramientas y el apego que necesita; la primera infancia es tan importante que no tenemos que pensar en reparar, si no en darles las herramientas para que crezca bien.

## **Relato 6**

**Karen Jorquera**

**Chilena, 30 años, Arica.**



Yo estuve con síntomas de pérdida, me atendía en ese tiempo con el doctor C.C. y él me dio licencia y progendo, eso fue a los cinco meses, y como sentía que pasaba algo extraño, decidí cambiar con un médico que me atendiera en el hospital, en caso de tener un parto prematuro. Así, para tener al doctor allá y no en la clínica, para no andar de allá para acá. Cuando me cambié, empecé los controles y todo bien; pero fue después en el CESFAM que la matrona detectó que tenía preeclampsia, y ahí me derivó al hospital a pedir hora. Costó casi tres semanas para que me dieran la hora para el POLIARO. Entonces fui y ahí me dijeron «*tiene que quedarse hospitalizada*»; me dejaron hospitalizada seis días y dentro de esos

días a mí no me hicieron eco, nada, eso también fue una negligencia de parte de los ginecólogos, del mal tratamiento que me dieron, yo seguía hospitalizada y nadie me pescó. Me dieron de alta por falta de cupo, no porque lo necesitase. No me acuerdo el día que me dieron de alta, pero los martes y jueves hacían los exámenes de severidad y a mí el doctor me dio de alta, y dijo:

—¿Qué haces acá tantos días?

—No, es que me van a hacer exámenes —le dije.

—No si yo te doy el alta.

—¿Seguro? Si yo no tengo ni un problema de quedarme hasta la 32, 39 semanas.

—No, no, ándate para la casa, si te hago los exámenes ambulatorios.

Me citó para el día 15. ¿Como él va a preferir que me hagan exámenes ambulatorios, que venga desde mi casa a estar ahí mismo en caso de?

Después de eso, el día antes de darme de alta, el doctor C.M. me quito los remedios, entonces si yo tenía una preeclampsia moderada, cómo te suspende los medicamentos de un *suácate*. Al



día siguiente le dije al médico «*sabe, siento que me sale un fuego de acá, me arde la cara*», me tomaron la presión y estaba normal, pero no debió quitarme los remedios. Estaban esperando que yo me parara para que la otra señora entrara, fue así, me hicieron esperar afuera mientras la señora ordenaba la cama para poder entrar otra señora, entonces, si el hospital no tiene las camas ellos tienen que ver cómo gestionan las camas, pero no porque no hay camas, no pueden hospitalizar.

Estuve tres o cuatro días con el Mateo en la guata muerto; Mateo falleció el 10, ¿Por qué yo sé que fue el 10? Porque sentí cosas, como que se movía y se me hacía un huevo y hartas cosas, entonces yo estuve el día 10, 11, 12 y el 13 en la tarde supe que Mateo había fallecido y fue porqué me citó el doctor a la ecografía el día 13, porque yo el 15 tenía control, si no hubiera pasado cuantos días más con la guagua muerta.

El doctor estaba pálido como papel, y me

pregunta:

—¿De cuándo que no lo sientes?

—No sé —le dije— de ayer, porque asumo que las guaguas duermen, y en la mañana no lo sentí.

—Es que no tiene latidos —y cuando me dice esa cuestión, no sé, como que me fui, me fui y no volví hasta dos días después. Hablé por teléfono parece que con Ana (una amiga) en Santiago. De Santiago llamaron a mi hermana de Arica, no sé cómo fue la cosa, pero yo como que me desconecté y bueno, lo único que me acuerdo es que le dije «*¿me está hueviando?*».

Me costó un mundo que me bajaran a la sala de parto, porque los médicos no me creían que me dolía tanto. Llamé a todo el mundo e hinché tanto, que me bajaron. Cuando llegué al segundo piso la matrona me recibió, pero no tenía preparado nada, entonces me puso la vía esperando que el anestesista llegara y me decía: «tranquilízate, que eres alharaca».

Después, la matrona que me tocó en la noche, no me pescaba, no me asistía en lo que necesitaba en ese momento, como por ejemplo ayudarme a saber cómo tenía que pujar, porque me hicieron tener parto normal y mi hijo estaba fallecido.

Después se llevaron a mi bebé, y de ahí cuando se lo llevan ya no soy más mamá, porque se llevan a tu guagua y nunca más la vas a ver, entre comillas, porque después igual lo vi, porque a Mateo no lo enterré, lo cremé, entonces tuve que ir a retirarlo a la unidad patológica, porque también exigí una autopsia.

Nadie te da una respuesta ahora, porque ellos siguen su vida y es una la que queda marcada para siempre. Ninguna plata me va a devolver a mi hijo, ninguna plata me va a devolver todo lo que ha pasado y tengo que pasar a futuro, por ejemplo, volver a ser mamá

cuando quiera, es una cuestión horrible, a la vez va a ser lo más lindo, pero será angustiante.

Quizás no es solamente violencia obstétrica de las matronas, si no que violencia ginecológica, porque se ignoraron tantas cosas, se obviaron tantas cosas que no se pueden obviar, o sea, por algo esas personas estudian. En la tarde del día 14 me cambiaron a una sala común, y después al día siguiente la matrona me llevó a una sala donde habían mamás con embarazo patológico y me acuerdo que anteriormente la matrona que estaba, la gordita de pelo rubio y con lentes, ella súper empática, porque me acuerdo que le bajaba el volumen al monitor cuando monitorizaba a las mamás, pero después venía la otra matrona y no estaba ni ahí, yo estaba tercera al fondo y con un biombo puesto, pero escuchaba todo, tacatacataca y la matrona no estaba ni ahí, cero empatía. Me acuerdo que ahí lloraba y gritaba, y las enfermeras y las TENS que ya me conocía me decía «*Karen, tranquilita, aquí llamada*» y

me tapaban.

En la autopsia sale que Mateo venía bien, que estaba normal de todo y que solamente era una hipoxia prenatal por síndrome hipertensivo en el embarazo. Entonces fue producto de la preeclampsia que no trataron, nada más, no fueron fallas naturales, por así decirlo. Cuando cuento mi historia les digo que yo estoy viva porque quiero ser mamá de nuevo y eso me mantiene viva, las ganas de volver a ser mamá, porque si yo no quisiera ser mamá estaría bajo la tierra hace rato. Quizás si no tuviera esa fuerza me hubiera suicidado en algún momento ¿y quién hubiera sido el culpable? Nadie ¿Por qué? porque nadie se hace responsable del daño que producen, porque es un daño para toda la vida. Gracias a Dios yo puedo tomarlo de esa forma, superarlo, pero hay otras mamás que quizás no, y las pobres ¿qué hacen?

Lo que yo quiero es que nunca más pasen

estas cosas y para eso lamentablemente tiene que ser por parte judicial, porque quizás ahí ellos se van a asustar más y se van a preocupar más y yo exigiría que se perfeccionen, que hagan cursos dentro de su área de ginecológica y se instruyan en el nuevo tratamiento que hay, en los nuevos exámenes, que sé yo, para poder evitar que estas cosas vuelvan a suceder.

Mateo no tuvo posibilidades de nada, el Mateo se murió porque el doctor obvió la opción de haberme hospitalizado, porque me ignoró cuando les dije que la guagua se movía poco, obvió que tenía que hacerme la Eco cuando tenía la máquina al frente de mi sala, entonces no sé, son tantas cosas que se omitieron y desencadenaron en eso. Pero es más que eso, YO creo que todas queremos lo mismo, que no vuelva a pasar lo que nosotras hemos pasado y para eso, los mismos profesionales se perfeccionen y asuman y digan públicamente: «sí, me equivoqué, yo hice

esto», no que te digan «es que quizás usted tenía algo congénito, y que quizás por eso usted desencadenó esa cuestión» o sea no, no fue así.

Por el hecho de ser funcionaria pública no pude demandar directo al hospital, pero sí demandar al doctor en este caso y a los otros responsables de eso. Yo estaba con anti depresivos, con psiquiatra y con psicóloga; con la psicóloga yo quedé enganchada desde el momento que pasó todo en el hospital, y de manera particular fui al psiquiatra porque después ya me estaba afectando mucho la parte laboral. Así que por las mías fui a buscar ayuda y me atendí particular.

## **Relato 7**

**Evelyn Lavalle**

**Mujer, 27 años, peruana.**





Ahí pude entender que sufrí violencia obstétrica... fui comparando las situaciones con mi parto anterior, el hecho que se subieran en mi vientre, que me hicieran maniobras, el trato que me dieron, después el abandono al que me expusieron, fue muy diferente.

Yo estaba entre hacerlo o no público, porque igual me iba a ver expuesta, pero también me decía «si yo lo hago público quizás puedo alertar a otras mujeres que van a tener a sus bebés, a que no se dejen pasar a llevar», porque a mí ya me lo habían advertido: si te tratan mal; grita, si tienes que exigir; exige. Pero yo pensé que si grito me van a ver como la alharaca, la gritona. Entonces, entre más gritas, menos caso te

hacen.

En la hoja del alta decía que me habían hecho una histerectomía completa, que me habían sacado el útero completo y yo me fui a la casa, **nadie me informó**. Llegué al consultorio, la matrona me ve y dice «¿ya tuviste a tu bebé?», le cuento lo que me pasó, y dice «muéstrame el papel» y ahí recién me entero del informe del acta, o sea, **si no me pongo a leer lo que dice el papel, yo no sabría que no tenía útero**.

Me da miedo encontrarme con ciertos médicos, ciertas matronas, porque yo sé que ellos trabajan igual de forma particular, entonces tengo miedo de volver... **el daño que le dejan a una es grande, no solamente el daño físico, más que todo es daño emocional, daño psicológico, porque te quedas con ese trauma**. A veces digo «quiero tener otro bebé», pero de por si el embarazo te deja con miedo, de ver que todo salga bien. A mí ya me dejó con una idea: «¿y si vuelve a pasar?, ¿si se adelanta?, ¿si mi cuerpo no aguanta?... », para mí

son luchas.

Es un daño, que como dicen, la herida física sana pero las heridas emocionales son las que se quedan para rato. En mi trabajo éramos tres compañeras, las tres estábamos embarazadas, nos llevábamos todas por dos meses. Ellas ahora van al trabajo, llevan a sus bebés y yo me quedo con esa pena y digo «mi hijo tendría esa edad. Ya estaría caminando».

No he tocado la ropa de mi bebé, las cosas, la cunita, todo lo que era de mi guagua. Hasta ahora las tengo ahí guardadas, porque sé que al momento que abro la cajita todo lo que superé se me viene abajo. Mi mamá me dice «tienes que regalarlo», pero todavía no puedo deshacerme de ese lazo emocional con las cosas. He intentado regalarlas, ha llegado la gente y al momento que estoy sacando las cosas, digo no, me arrepiento, me disculpo, les explico y me entienden.

Me sentí literalmente como un pedazo de carne que llevaban por los pasillos, con las piernas

abiertas. Que te digan ya acuéstate, que te digan exagerada, me sentí humillada. Me tiraron y amarraron, no me daban información. Después de que me sacaron a mi bebé tampoco me daban información, ellos entraban y salían. Después de eso me descompensé, nadie se acercó a tranquilizarme o darme contención, era una persona más para ellos; después de lo que pasó, pedí que no me subieran a maternidad, les dije mándenme a cualquier otro piso, pero a maternidad no, porque yo sé que voy a estar expuesta. Me llevaron a maternidad y me tuvieron amarrada a la cama.

Me veían la cara y ni siquiera querían entrar a la habitación. El médico entraba, miraba, firmaba y salía, entonces yo pienso que debería existir un poco de contención o una habitación especial para estos casos, porque a mí me subieron a maternidad y a mi lado había una mujer embarazada y en el pasillo hacían caminar a las mujeres, y el llanto de la noche, eso te transforma. Creo que pensaron que iba atentar con mi vida y por

eso me tuvieron amarrada, hasta que le dije «señorita, por favor, déjeme, porque no voy hacer nada».

La psicóloga venía porque también tenía que cumplir con su trabajo, pero independiente de esto, yo sentí que es como: **te botamos ahí y si te superas lo haces, si no, tú verás lo qué haces.** Entonces, en ese aspecto, encuentro que es lo más cruel que le pueden hacer a una, no tienen un trato humano. Si hubo personas que se acercaron, pero ya desconfías de todo el personal médico, los metes a todos en el mismo saco. Si hubo personas que se acercaron, que me vieron con mi barriguita y me dijeron lo siento, pucha que lata, pero para mí era así como...

Antes de la operación, la matrona dijo: «el doctor no te puede ver en esa cama», porque yo toda la noche me retorcí de dolor, entonces las sábanas se mueven, se desenganchan y me dijo: «tienes que hacer tu cama porque el doctor no te puede ver en esa cama», **así que me tuve que parar y hacer mi cama, con dolores.**

—Por favor, háganme una cesarí —le dije, sentada en mi

cama llorando—, ya no aguanto más, por favor háganme una cesaría —y el doctor se reía.

—Tú puedes estar cuarenta y ocho horas con trabajo de parto para que yo te haga una cesaría —y ahí están de testigo los funcionarios. Estuvo la asistente social porque estaba viendo el caso de otra niña que también había tenido una pérdida de bebé. El doctor se empezó a reír y dijo:

—A ver, acuéstate para verte la barriga... vas a tener la tremenda guagua —me dijo.

—Doctor, me está pasando lo mismo que en el embarazo anterior —lloraba de dolor, ya no aguantaba más.

—No todos los embarazos son iguales, por gusto pides a gritos y llantos que te hagan una operación. —En cuarenta y ocho horas me hubiera muerto yo creo—. Tú fuiste la que te quejaste toda la noche —como si se hubieran pasado el rumor de que la paciente de la cama catorce nunca dejó descansar al turno.

Ya tenía frío antes de que todo eso pasara, y cuándo pasó una enfermera, le pregunté:

—Me puede decir cómo está mi bebé —y empecé a tiritar.

—Se le está bajando la presión —dijo el médico y me envolvieron los brazos con unas mangas.

—Me voy a desmayar, quiero saber cómo está mi hija.

—Ya, sí —dijo que estaba bien y ahí me dejó, y en eso entraron todos. Con la baja de presión yo me descompense total y ahí me sedaron. Desperté como a las dos horas y para cuando yo desperté, me habían metido en un cuarto lleno de máquinas que estaban como deterioradas, como botadas, como un cuarto oscuro.

Eran diez mujeres arriba mío, todas me preparaban y yo decía, «señorita ¿qué pasa?, ¿por qué me llevan tan rápido a



pabellón?» y se miraban y nadie me decía nada. Lo único que escuché fue a una matrona que dijo: «doctor, los latidos del bebé están bajando» y el doctor dijo: «a pabellón», y recién ahí, de todo el tiempo que yo estuve en pre parto, lo vi al médico. No sé en qué momento él firmó mi ficha clínica, porque en mi ficha clínica sale que estuvo conmigo, en mi cama, a las diez, a las once que me pusieron la oxitocina y yo nunca lo vi hasta ese momento del pabellón, que literalmente el entró al momento de operar, me pusieron la anestesia y me cortó y yo grité. El doctor me escuchó gritar, y le dije: «doctor, me duele» y el doctor me dijo así: «cálmate», me toco el hombro, cálmate, es como que te pellizca y dice cálmate, pero el dolor no se compara.

Me encantaría que en caso que pase por muerte natural o sea la muerte que tenga un bebé, se le deje tiempo a la mujer también, o sea, ese espacio, esa contención, que se tenga que llorar, que se sienta acompañada, que ese tiempo que pase

no esté sola porque estar sola también es crítico, porque uno en ese momento necesitas que te apoyen. Que te den palabras de aliento, que te ayuden a superar, que te digan que tengas que llorar, no que te tengas que reprimir porque hay una compañera a tu lado, porque yo me reprimía el querer llorar porque sabía que iba a despertar a las niñas que estaban ahí y lloraba mordiendo la almohada o iba al baño, no podía caminar o no me podía levantar e ir al baño, no quería tocar el timbre. Entonces igual en esos casos deberían tener de repente una o dos habitaciones preparadas, de repente no tener una persona de cabeza, pero que te puedan dejar entrar a tu familia, que te acompañen toda la noche, que te den el tiempo para despedirte del bebé, que sea otra manera el trato que te dan, no que te digan «sabes qué, estás cosas pasan», porque a mí me lo dijeron, «estas cosas pasan», «aún eres joven», «vas a tener otros hijos», pero uno no espera eso en ese momento... no sé, si quieres llorar; llora, despídete de tu bebé, si la

quieres cargar, la quieres pasear, no voy a pedir dormir toda una noche con ella, pero si estar el tiempo que yo estime conveniente decidir. No sé, tocarle sus manitos, sus piecitos, no así como mírala y me la tengo que llevar, porque uno también dice, pucha se la llevan y dónde la van a tener, dónde me la van a dejar. Yo estaría con ella, tienes la ropa, te duele la herida, el cuerpo, el corazón, es como mucho para que te digan «sabes qué, súbete a maternidad y agoniza con los llantos de las guaguas», porque para mí era una agonía escuchar todas las noches a las guagüitas llorando y pensaba, mi guagüita estaría llorando a mi lado. Los pechos me dolían y yo en mi inconsciente me sacaba la leche, pero eso producía más. Tenía los pechos hasta aquí, le decía: «sabe qué señorita, me duele». Junté pañitos con agua y me los ponía.

En el hospital, les decía «por favor, facilíteme un extractor», y tiraba mi leche por la ventana al sol, porque no había caso, me sacaba y me decían «no,

eso no lo manejamos acá, no manejamos extractor». Mi mamá me compró y lo trajo. Lloré cuando perdí a mi bebé y la leche se me estimulaba mientras lloraba, salía. Cuando enterré a mi bebé estuve más de quince días con dolor en los pechos, se me empezaron hacer bolas y mi mamá tenía miedo de que se hiciera mastitis.

«Por favor, no me lleve a maternidad, mándeme a cualquier otro piso, yo no quiero subir a maternidad», le dije al doctor y me dijeron «no podemos porque eso escapa de nuestras manos». Bueno, los médicos son los que dan la última palabra, entonces ellos se lavan las manos y le echan la culpa al hospital, porque pasó un médico y dijo literalmente: «que no te hayan podido dar una cama en el hospital, no es culpa mía, eso es culpa de la SEREMI, que no tengan más disposición de camas para no exponernos, eso no es culpa mía».

Creo que con el tema de mi depresión se cortó la leche,

porque yo dejé de comer, no almorzaba, no cocinaba, era llorar y llorar, me despertaba por la noche, me daban pesadillas. Era como que mi cuerpo estaba pero yo estaba en otro plano, porque a mí me hablaban y yo estaba así con un punto fijo, en blanco, hasta que mi mamá me dijo «hija, tienes que tratar de reponerte», pero es que uno no puede tampoco de la noche a la mañana dar vuelta la página porque quedas con toda esa sensación de vacío y en estos casos, se debería tener un equipo especializado.

El hecho de que me viera demasiado cianótica era porque ya no estaba recibiendo el oxígeno suficiente y el doctor dice: «ella no murió por culpa de nosotros, fue por culpa tuya, porque tu bebé venía enferma del corazón». Cuando fui a todo eso de la mediación, ahí me enteré que hubo un resultado final, en el que contradice todo lo que ellos hablaron.

Lo más horrible que me ha ocurrido, es cuando me dieron la noticia. El doctor estaba

cosiéndome, se encontraba el pediatra y comenzaron a ponerse todos en un costado. Lo encontré raro, yo estaba acostada y amarrada, entraron todos y ahí me dice: «tu bebida murió», y entré en una crisis. Intenté levantarme, quería salir corriendo y ver a mi guagua, quería tenerla. El doctor dijo «agárrenla, agárrenla» y cuando volteé alcancé a ver que pusieron una inyección en el suero y ahí me fui.

Cuando desperté, la pediatra tenía a mi bebe en brazos, estaba mi pareja y el doctor. Ahí le dije, «a ver, pásemela, la quiero ver». No lo podía creer, no me la querían pasar, la pediatra decía «no, de repente en otro momento» y yo empecé a gritar. Claro, recién estaba despertando de estar sedada, igual me daba vuelta la cabeza. Me quería levantar y no podía y ahí mi pareja, bueno, el papá de mi hija dijo: «pásesela». En ese momento recién cedió, porque él igual estaba arrebatado, le quería pegar al médico, es un choque de emociones muy fuerte, ahí me la pasaron, yo la veía y no creía que ella estuviera muerta y la traté de poner en el pecho por el contacto de piel a piel, porque para mí era

como si estuviera recién despertando.

Nació mi bebé y no me dejaron mirarla, lo único que hizo la matrona fue tenerla en el pecho y yo alcancé a ver el borde de su taloncito. Ella no lloró tampoco, no la escuché llorar, nada. A parte que pensé, si ya me pasó todo esto, por qué negarme a tener el apego con ella, así sea muerta, es mi derecho.

—Te vamos a pasar a la bebé y diez minutos —me dijeron, o sea, en diez minutos no me puedo despedir, conocerla, acariciarla, besarla. Hasta que vinieron.

—¡Ya! Tenemos que llevarla.

—¿Pero por qué?, ino!

—El cuerpo se tiene que enfriar y empieza a botar los líquidos.

—¡No señorita!, ino se la lleve!

—Ya, sabes qué, la voy a llevar a limpiar —la volvieron a limpiar, todo, la volvieron a envolver y ahí estuve con ella, serán a

lo mucho veinte minutos que la cargó mi mamá, la cargué yo y la cargó el papá y ahí encima, salió con un comentario tan estúpido—. Mira, mírala ahora porque después no la vas a ver así.

Me dijeron «tú tienes que acercarte al consultorio y pedir hora con la matrona», para el tema de que me revisen los puntos porque después tienes que ir a la matrona para control, pero vas con la guagua también y fue la psicóloga que me dijo que por mi cuenta tenía que buscar ayuda psicológica.

Fui a un control de mi hija al consultorio y la matrona que me llevó todo el embarazo me vio sentadita y me dijo:

—Evelyn, ¿ya tuviste a tu bebé? —me levanto, la miro y me echo a llorar. Le cuento.

—No, mi bebé murió.

—¿Pero, cómo? —me dice— sabes, pásate a mi box.

Yo tenía justo las hojas del hospital, manejaba toda una carpeta.

—A ver, déjame leer tu ficha del alta —y ahí ella me dice—



hija aquí sale que te hicieron una histerectomía —ahí yo me enteré.

—¿Qué es eso? —le digo.

—Aquí sale que te sacaron todo tu útero.

Cuando me dice eso, como que me hundí más porque me matan toda la ilusión de tener un bebé.

Voy al hospital y fui a maternidad, a la sala donde atienden a las embarazadas en las mañanas, le pregunto y me dice:

—Eso no nos corresponde a nosotros, tienes que ir a preguntarlo a maternidad, al quinto piso —así, súper déspotas.

—Señorita, me pasó esto, mi bebita murió, quiero saber.

—¡Ah! yo no sé, pídale a la enfermera.

El médico que firmó nunca me informó de esto, nunca me dijeron que yo salía con un órgano menos, ahora me queda la incertidumbre de si tengo o no tengo y él me dijo:

—Pero déjame verlo —y empezaba a mirar la tele mientras trataba de buscar mi ficha y mi ficha ya la habían bajado.

—Pero necesito saber... necesito esa respuesta ahora.

—Mira, regresa en un par de días, yo te voy a dar la respuesta y pedir que suban tu ficha.

Igual tienes que regresar a la realidad, enfrentarte, porque el dolor físico pasa, pero las secuelas que te dejan, te bajonean totalmente para volver a enfrentarte a tu rutina del día a día, por ejemplo, yo regresé a mi trabajo y era latoso porque yo no quería regresar. No quería verles las caras, quería estar en mi casa, pero es que también de cierta manera eso ayuda porque el estar todo el día encerrada, acostada, te hunde, te deprime más, pero es que no me dieron el tiempo para vivir mi duelo. Me dijeron «iya lloraste un mes, ya suficiente!».

Me hubiese gustado de repente vivir mi duelo como corresponde, llorar, porque el duelo también son etapas, yo tuve el tiempo de la negación, de la ira, me enojaba por todo, todo me molestaba, todo me irritaba, y a mi hija la empecé a hundir

también en mi depresión porque ella llegaba del colegio y se recostaba a dormir conmigo, yo no salía, no comía, tenía trastorno del sueño, despertaba todas las noches llorando, se me pasaban ideas, pero después decía que no me puedo matar, con quién se va a quedar mi hija, no la puedo matar a ella, no sería capaz. Entonces pasaba el tiempo y batallaba con mi propia cabeza, de que se me iba a acabar la licencia y tenía que regresar al trabajo, volver a mi realidad, tengo que volver a ser entre comillas, «la Evelyn que era».

He estado meses así, impecable, por así decirlo, me he mantenido en un estado marchito, como también he tenido meses que para mí han sido los peores. Estoy totalmente hundida, bajoneada, con ganas de regresarme, con ganas de querer irme y para esas cosas necesito una licencia, porque voy como en una montaña, hay días que son excelentes y hay días que son una pelea constante

conmigo misma, a veces digo, si yo hubiese reclamado un poco más, si es que hubiese gritado.

Yo pensaba, si hubiese tenido un ambiente más acogedor, de repente hubiese podido dilatar mucho más rápido, más natural y haber tenido un parto como todas tienen, porque, con el tema de mi pre parto era yo quien tenía que caminar con una toalla envuelta, jalando la maquinita para poder ir al baño. Pero, por ejemplo, qué pasa con las personas que no los han tenido en el hospital y lo tienen en su casa, de repente con su hija al lado, con música, más relajado, quizás eso también tiene tanto que ver. Si estas en un ambiente tenso, en el que estas con miedo, en el que quieres gritar, yo creo que igual todo eso el cuerpo lo va asimilando, porque si uno se relaja, te hacen masajes en la espalda, te sientes acompañada, contenida con una persona que este a tu lado, tu mamá, tu pareja, tu hija, sea la persona que esté dándote un poco de fuerza, de ánimo para que continúes, porque igual ese momento no es como lo dicen algunas mujeres «entré y en tres tiempos pujé la guagua».

Si no todas somos así, cada mujer y cada parto es diferente; si de repente hubiese hecho eso, igual habría sido muy difícil, porque a mí me hospitalizaron y estuve súper tranquila, después cuando tuve el tema de las contracciones me las aguantaba, pero ya cuando bajé a pre parto yo dudaba, **tenía miedo, no quería gritar, no quería reclamar, si tenía mis contracciones me mordía la mano** porque pensaba «voy a gritar, voy a decir que me duele y van a decir que soy alharaca, la gritona, no la atendamos porque esta con uno y anda quejándose o anda con dos y anda quejándose», pero eso no puede ser.

# Tejiendo comunidad

La interseccionalidad es un concepto que nos ayuda a vislumbrar múltiples formas en que las mujeres y personas útero portantes, vivimos y experimentamos las violencias. La biomedicina nos ha hecho creer que somos incapaces de parir o que no sabemos hacerlo, apropiándose de nuestros procesos fisiológicos y de nuestros cuerpos. La interseccionalidad nos muestra que la estructura jerarquizada y verticalizada de la medicina, impone una idea de parto medicalizado y controlado, agravado en el racismo, misoginia, xenofobia y clasismo. Esto quiere decir que el trato y los cuidados que vamos a recibir durante el parto dependen y se diferencian por el color de piel, el lugar de procedencia, pertenencia cultural y étnica, nivel socioeconómico, edad, nivel de estudios, entre otros.

Todas las personas vivimos con distintas presiones, venimos de distintas realidades y vivimos la violencia patriarcal

desde nuestras identidades y realidades socio-culturales. Nos situamos desde Arica, una ciudad multicultural y transfronteriza, históricamente un lugar de paso e interacción entre diferentes culturas. En esta región, la ruralidad abarca casi todo el territorio, siendo habitado ancestralmente por las culturas Aymara y Quechua en toda la zona andina; también por la diáspora afrodescendiente, quienes han habitado los valles y la costa desde el período colonial. Además, somos una de las fronteras más transitadas en Latinoamérica, convivimos cotidianamente con personas de Perú, Bolivia, Venezuela, Colombia y otras naciones.

Arica es diversa, y desde ahí visualizamos un problema de acceso a la salud, ya que en todo el territorio solo es posible acceder a un hospital público, el cual opera desde un paradigma de atención estandarizada, desactualizada y con recursos limitados.

En el camino, como Madre Nativa, sabemos que tod@s vivimos la atención de salud de formas distintas, visualizamos obstáculos en el acceso a la salud desde nuestras experiencias, es por eso que no podemos hablar por tod@s, pero aquí compartiremos lo que nos han relatado representantes de

agrupaciones amigas, cercanas a la realidad migrante y popular de nuestra región, como es el Servicio Jesuita Migrante y la olla común Caldera de las Brujas.

Arica al ser una ciudad trifronteriza presenta un alto flujo migratorio, y dentro de eso, muchos son extranjeros indocumentados que ingresan por pasos no habilitados arriesgando sus vidas por el desierto. Las personas que entran al país como turistas luego de noventa días pueden acceder a un RUN provisorio y así pueden acceder a salud y educación, pero el tiempo de espera para la entrega del RUN es relativo y solo tiene vigencia por un año.

Por otra parte, las personas que entran por pasos no autorizados deben realizar una autodenuncia en Policía de Investigaciones, para empezar la regulación de sus papeles migratorios. La autodenuncia puede llegar a significar que sean candidatos para una expulsión del país, rompiendo el sueño migratorio de estas personas.

Usualmente, las personas que trabajan en los valles de Azapa y Lluta, en la agricultura, son migrantes peruan@s y



bolivian@s, y una de las características de la ruralidad, es que los centros asistenciales de salud están alejados de sus residencias y solo acuden en caso de urgencia.

Las representantes del Servicio Jesuita Migrante (SJM) indican que sus usuari@s en estos últimos años, han sido en su mayoría Venezolan@s y Colombian@s. Ellas reconocen que, las beneficiari@s, tienen un ímpetu para hacer notar su malestar, pero que en las atenciones no les han manifestado haber tenido malas experiencias en el sistema de salud, y se ven agradecidas de la atención. Reflexionan en torno al desconocimiento sobre cómo es la atención en salud de sus países de origen y piensan que podría ser eso lo que las lleve a percibir la salud en Arica desde la conformidad y de buena calidad.

En esta misma reflexión, surgió el análisis de que ellas no perciben discriminación en los centros de salud, pero tienen que vivir las mismas precariedades de tod@s, es decir, levantarse a las 6 am para conseguir hora en el consultorio, esperar cinco horas para ser atendido en urgencias o esperar meses para ser atendido en el sistema público.

Desde otra realidad encarnada, tenemos la experiencia que se vive en las poblaciones, que se sostienen en el seno de las mujeres que luchan y crean para su comunidad, haciendo ollas comunes, redes de acción y colectividad.

La violencia se encarna de muchas formas y más en lo cotidiano, pero desde la experiencia de la olla común «la caldera de las brujas», este espacio aparte de proporcionar comida a la población, también ha logrado ser un lugar para las personas donde hacer comunidad y acompañarse en sus penas y luchas.

La olla común La Caldera de las Brujas nació en pandemia post estallido social, desde las mismas mujeres de la población en conjunto de La Casa Coliza y sus asociades, casa comunitaria de la disidencia sexual. El tiempo ha pasado y las personas han cambiado, pero la olla sigue porque en ella se ha encontrado un espacio de mancomunidad entre las pobladoras.

La mayoría de las personas que acuden a las ollas son mujeres adultas mayores, que sostienen las casas mientras sus hijas e hijos trabajan, muchas veces cuidando niet@s también. Dentro del trabajo social que se hace en la olla, ha buscado

convencer a l@s familiares de las mujeres que acuden, para que se involucren y pierdan el miedo de hacer comunidad, pues muchas veces mandaban a l@s adult@s de la familia y las mujeres por vergüenza.

Otro proyecto comunitario de la olla es ser centro de acopio de útiles de aseo para las personas de la disidencia sexual y trans de la cárcel de hacha, personas olvidadas por el cis-tema y muchas veces por sus familias.

En este entramado de redes que hacen, la olla no solo es un espacio donde se juntan a cocinar, sino que es un espacio terapéutico donde hablan de sus vivencias, donde se enseñan mutuamente sus oficios y aprenden cosas nuevas en conjunto.

Por lo mismo, piden que desde las organizaciones sociales vayan a las poblaciones y que nos sentemos a conversar y compartir conocimiento. Las personas de la población quieren aprender, sobre todo las adultas, porque si hay desconocimiento, tampoco podemos esperar que puedan reconocer las violencias que han vivido a la largo de su vida, estas personas solo se quedan con la consecuencia de lo vivido, sin entender de dónde viene.

«Hay muchas personas adultas que en las conversaciones no se dan cuenta de la violencia que han sufrido ellas mismas, de los derechos que tienen como adultas, sexuales y reproductivos, al disfrute, al goce, al placer. No tienen idea de eso». (Ana Cortés, impulsora de La Caldera de las Brujas).

Con respecto a la violencia gineco-obstétrica es un tema invisibilizado y a su vez normalizado, pues no se reconoce como una violencia, sino que es normal que te traten mal, y es un conocimiento que se pasan entre mujeres el cómo comportarse para que esta experiencia sea menos traumatizante. Que es normal que te griten, es normal que te peguen palmadas, que si tu gritas o dices algo, es peor, porque te tratan peor. No conocen otra forma de parir.

Es por todo esto, que es necesario que hablemos, que se construyan lazos y tejamos comunidad en todos nuestros espacios, con nuestros pares y en nuestras colectividades. Hablando es la única forma que tenemos de reconocer experiencias y reencontrarnos en la otra. Acompañarnos desde el amor y luchar desde el dolor. Que la rabia sea motor de lucha.

# **Si sana una, sanamos todas**

La Violencia Obstétrica es transversal, es más, la gravedad con la que afecta se ve incrementada por la interseccionalidad. Contraviniendo las creencias populares respecto a la idea de que la previsión de salud puede ser un factor protector contra ella, se impone la experiencia como usuarias, la cual demuestra que la Violencia Obstétrica traspasa el valor monetario de las prestaciones pagadas.

La desproporción existente entre l@s habitantes de la región y la cobertura asistencial que puede entregar el hospital regional Dr. Juan Noé Crevani, provoca que el resultado obstétrico se vea afectado por la carga laboral del turno de maternidad y ginecología.

Una experiencia positiva en el parto repercute significativamente en la salud mental de la persona gestante que la experimenta; empoderándose también para el proceso de crianza;

cabe destacar que, esto no solo depende de un buen resultado obstétrico, sino que es aquella experiencia que cumple o supera las creencias y expectativas personales y socioculturales previas de la mujer y demás personas úteroportantes.

La Violencia Obstétrica se expresa en un continuo que abarca desde formas sutiles de acción, las que comúnmente pasan desapercibidas; y otras que son más fáciles de identificar, dada su magnitud. Por esta razón, resulta determinante la percepción de quién la experimenta, cuyas vivencias negativas de la experiencia de atención en salud, en todas sus formas, deben ser legítimamente reconocidas.

El mecanismo administrativo para reclamos y sugerencias —que desde el presente marco legal se ofrece como única alternativa para presentar observaciones sobre las atenciones recibidas— evidentemente, está diseñado para disminuir su uso. Por ejemplo, la situación social y fisiológica en la que se encuentra una persona puérpera posterior a la atención obstétrica del parto, constituyen obstáculos que entorpecen el proceso y dificultan que ésta interponga dicho reclamo o quiera revivir la experiencia.

Si bien el presente libro contiene siete experiencias vividas en diferentes años, por distintas mujeres situadas en la ciudad de Arica, dichas experiencias pueden entenderse como un ejemplo de la Violencia Gineco-obstétrica que se vive a lo largo de todo Chile, en América Latina y en general, en la mayoría de los países del globo. Lamentablemente, este tipo de violencia es atemporal, en otras palabras, lo que pasó hace un par de años, ocurrió ayer, puede estar ocurriendo en este momento y muy probablemente seguirá ocurriendo en el futuro, si no generamos los cambios legales, sociales y sanitarios que se requieren.

Las consecuencias de la violencia ginecológica y obstétrica ejercida a mujeres y personas úteroportantes, afectan por completo no sólo su vida, sino también la de quienes les rodean; y comprenden tanto daños físicos, como emocionales y psicológicos. Resulta imprescindible posicionar este tipo de violencia de género como un problema de salud pública que, de ser prevenido, mejoraría las experiencias personales y también disminuiría la prevalencia de ciertas afecciones.

El cambio necesario para la prevención de este tipo de

violencia traspasa el sistema de salud, lugar en donde es ejercida. Algunos de los cambios requeridos son: a) reformulación del sistema estatal; b) distribución de los recursos desde el ámbito legal que lo sustenta; c) un enfoque educacional integral en la formación de profesionales, que incluya enfoques de género y de derechos humanos, sociales y culturales.

La maternidad continúa situándose en el ámbito privado de la sociedad, por eso los cambios propuestos son tan necesarios. Pues, mientras el parto se conciba como un aspecto que sólo atañe a las mujeres y no como un tema social, seguirá siendo postergable, poco reivindicatorio y susceptible de vulneraciones.

Se mantiene una sensación de vulnerabilidad en las usuarias, pues siempre es el sistema de salud quien decide sobre sus cuerpos. Por ejemplo, cuando la intención y anhelo es un parto vaginal, ocurre una cesárea muchas veces innecesaria; o cuando se pide una cesárea por un bebé muerto, el resultado es un parto «normal» traumático, como algo menos dañino, pero inexplicado.

El hospital Dr. Juan Noé Crevani no cuenta con un espacio



diferido para las mujeres que transitan un duelo perinatal. Hasta la escritura de este libro, aún comparten sala un caso de pérdida y aborto, con una persona que se encuentra en trabajo de parto o con alguien que ya ha tenido a su(s) bebé(s). Esta experiencia es profundamente dolorosa y recordada tanto por quienes se encuentran en duelo como por quienes están viviendo sus primeras horas de maternaje. La crudeza de esta realidad ariqueña queda en evidencia cuando se observa cómo cohabitan el espacio aquellas que abrazan fuerte a su(s) recién nacido/a(s) y tratan de amamantarlo/a(s) para evitar que llore(n), de modo tal de no molestar a esa mujer, vecina dolida de su sala, quien ha perdido a su retoño, que hace su mayor esfuerzo por no molestar a las otras, escondiéndose entre las sábanas de su cama o mordiendo la almohada para silenciar su llanto.

Como Madre Nativa ONG realizamos una solicitud de separación de salas (documento que pueden descargar en nuestro sitio web), el cual contó con el apoyo de más de 250 personas firmantes. En dicha solicitud, expusimos la necesidad de separar las vivencias de parto de la de duelo y la importancia de ello para la

salud mental de las usuarias. Lamentablemente, la respuesta recibida no solo fue escueta y majadera, sino que contrasta con la experiencia real de las mujeres a las que atendemos, cuyo derecho a un trato digno, indudablemente, no debería depender del azar. A continuación, compartimos un extracto de la respuesta que nos dio ante dicha solicitud, el Jefe de Cr. Gestión Clínica de la Mujer Dr. Miguel Cornejo Espinoza.

«...durante el proceso de pérdida reproductiva, se espera que todas las personas que trabajan en los servicios de gineco-obstetricia, (profesionales, técnicos, auxiliares y administrativos), tengan un trato digno, respetuoso y sensible, una actitud neutral, sin expresión de juicios de valor o comentarios acerca de la situación que atraviesan las mujeres para dichos casos. Actualmente no contamos con un espacio físico específico, pero se realiza la contención emocional y favoreciendo la actitud de escucha activa, durante su estadía, ojalá en piezas individuales, además de facilitar todos los trámites del alta médica, es muy importante que la matrona/on realice una serie de acciones con la paciente misma y otras, para la

coordinación del seguimiento y continuidad de los cuidados. Constantemente estamos mejorando la atención de nuestras usuarias en todo ámbito de patologías».

Comunicado que deja sin apertura al diálogo, y un claro ejemplo de la naturalización de nuestras vivencias y su trabajo, y tal como exponemos, se contrapone con las experiencias de l@s usuari@s del servicio.

La sobrecarga de usuarias y la patologización innecesaria del embarazo sustenta una de las necesidades expresadas constantemente por nuestra organización: la creación de maternidades externas al hospital, en donde las mujeres puedan recibir un acompañamiento humanitario e integral, de sus procesos del ciclo vital, cuyos análisis trasciendan los parámetros actuales de salud-enfermedad y que garanticen experiencias satisfactorias de parto, aborto, pérdidas perinatales, etc.

Finalmente, solo nos resta decir que, evidentemente, todos los relatos expuestos en este libro y las consecuencias que generaron en las relatoras pudieron haberse evitado si se hubiese contado con: especialización idónea, más personal médico,

máquinas actualizadas y con un trato humanitario, centrado en los/as pacientes y sus necesidades y caracterizado por la superación de la errónea patologización de los procesos sexuales, reproductivos y no reproductivos.

A pesar del dolor que significa revivir sus experiencias durante la narración de la Violencia Obstétrica vivida, todas las mujeres que ofrendaron su historia al presente libro presentan la misma motivación, que como un coro resuena diciendo: «*que no le pase a otra*». Es precisamente la acción de contar lo vivido con foco en el bien colectivo, lo que marca el comienzo de la reparación de sus propios procesos: «*porque si sana una, sanamos todas*».

# Glosario

**Al tiro:** Al instante, de inmediato, en seguida. Realizar algo apresuradamente, rápidamente o en la inmediatez.

**Alharaca:** Cuando alguien es muy exagerado, dramático, llorón o hace un berrinche por algo simple, sin importancia.

**Atinaron:** Acertar en una decisión.

**Bajonean:** Producir desanimo o depresión anímica a una persona.

**Cachay:** Palabra usada para preguntar si entiende o sabe algo.

**Casera:** Vendedor asiduo o persona que acostumbra a ir a una misma tienda, se dice de la familiaridad entre vendedor y cliente.

**CESFAM:** Centro de salud familiar, consultorios de salud pública.

**Choreada:** Aburrida, enfadada, enojada, irritada. «Intención super choreada»: hacerlo con mala disposición.

**Episiotomía:** La realización de una incisión quirúrgica en la

zona del perineo femenino, que comprende piel, plano muscular y mucosa vaginal, cuya finalidad es la de ampliar el canal «blando» para abreviar el parto y apresurar la salida del feto.

**Fome:** Aburrido, que aburre o causa hastío.

**Guagua:** Niño recién nacido o de pocos meses que todavía no camina.

**Histerectomía:** Cirugía para extirpar el útero.

**Hueveando:** Molestando, poniendo a prueba o bromeando. «Me está hueviando»: cuando se quiere expresar incredulidad ante alguna noticia.

**Huifas:** Cosa no determinada o mal hecha.

**Lata:** Cualquier asunto o conversación que produce disgusto o aburrimiento. «Que lata»: expresión de hastío y disgusto a alguien.

**Latoso:** Que resulta una molestia o produce fastidio.

**Mamarme:** Aguantarme, lenguaje coloquial.

**Penca:** En Chile es sinónimo de malo, incómodo o desfavorable. «Momento sumamente incómodo y penca»: Momento sumamente incómodo y desfavorable.

**Pescaba:** Captar, entender, prestar atención. «Nadie pescaba»: Nadie prestaba atención.

**POLIARO:** Policlínico de alto riesgo obstétrico.

**PRAIS:** Programa de reparación y atención integral en salud y derechos humanos.

**Preeclampsia:** Estado patológico de la mujer que se caracteriza por afecciones como hipertensión arterial, edemas o presencia de proteínas en la orina y puede preceder a una eclampsia la cuál se caracteriza por convulsiones seguidas de un estado de coma.

**Progendo:** Progesterona de ingestión oral, utilizada en el tratamiento de hemorragias y disfunciones uterinas, utilizada generalmente cuando hay riesgo de parto prematuro.

**Suácate:** Algo que acontece de manera imprevista, repentina y violenta, como un choque, una caída accidental o un golpe inesperado.

**Tení:** Tienes, en lenguaje coloquial.

**Típex:** Corrector de tinta, generalmente blanco, Tipp-Ex corresponde a una marca conocida de corrector.

# Índice

Es un monstruo grande y pisa fuerte	5
RELATO 1	
Nilda Campillay	10
RELATO 2	
Gladys Guillen	24
RELATO 3	
Camila Galdámez	35
RELATO 4	
Eva López	47
RELATO 5	
Gladys Alave	56



RELATO 6	
Karen Jorquera	65
RELATO 7	
Evelyn Lavalle	76
Tejiendo comunidad	98
Si sana una, sanamos todas	105
Glosario	113

© ONG Madre Nativa, 2022.  
© ASTARTEA Editorial, 2022.

Contacto:  
madrenativa.aricaxv@gmail.com  
astarteaeditorial@gmail.com

Instagram:  
@madrenativa  
@Astarteaeditorial



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons.

**Reconocimiento – Sin Derivar – No comercial.**

Todos los derechos reservados. Salvo excepción prevista por la ley, puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos la reproducción total o parcial de esta obra. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



«Para que no le pase a otra» es un libro realizado en base a relatos de mujeres que han sufrido violencia gineco-obstétrica en el hospital regional de Arica, Chile.

Sus vivencias situadas en diferentes épocas son recopiladas en torno a entrevistas realizadas durante el año 2019 y guardadas hasta el 2022. Como Madre Nativa, pudimos darles el espacio que merecían y crear esta conmovedora publicación con el fin de visibilizar la perpetuación de la violencia e ignorada realidad que viven día a día miles de mujeres y personas úteroportantes. Nuestra esperanza es que otras personas puedan encontrar en estas palabras fuerza y consuelo, reivindicando sus historias escondidas y menospreciadas. Para apoyar la creación de una ley que nos proteja, para que nunca más le pase a otra.

ISBN: 978-956-09815-0-9



9 789560 981509

